

## CAPÍTULO XIV

### La mujer independiente

El código francés ya no considera la obediencia uno de los deberes de la esposa y cada ciudadana se ha convertido en una electora; estas libertades cívicas siempre son abstractas cuando llevan aparejada una autonomía económica; la mujer mantenida —esposa o cortesana— no está liberada del varón porque tenga en sus manos una papeleta; si bien las costumbres le imponen menos limitaciones que antes, estas licencias negativas no han modificado profundamente su situación; sigue encerrada en su condición de vasalla. Si la mujer ha franqueado en gran medida la distancia que la separaba del varón, ha sido gracias al trabajo; el trabajo es lo único que puede garantizarle una libertad concreta. En cuanto deja de ser un parásito, el sistema basado en su dependencia se desmorona; entre ella y el universo ya no es necesario un mediador masculino. La maldición que pesa sobre la mujer vasalla es que no le está permitido hacer nada: entonces se obstina en la persecución imposible del ser a través del narcisismo, el amor, la religión; productiva, activa, reconquista su transcendencia; en sus proyectos se afirma concretamente como sujeto; por su relación con el objetivo que persigue, con el dinero y los derechos de los que se apodera, vive su responsabilidad. Muchas mujeres tienen conciencia de estas ventajas, incluso entre las que ejercen los oficios más modestos. Escuché a una asistenta, mientras limpiaba los cristales del vestíbulo de un hotel, que declaraba: «Nunca le he pedido nada a nadie. He llegado sola.» Estaba tan orgullosa de ser autosuficiente como si fuera Rockefeller. No obstante, no ha-

bría que creer que la mera yuxtaposición del derecho a votar y de una profesión sea una liberación perfecta: el trabajo en la actualidad no es libertad. Sólo en el mundo socialista la mujer que acceda al trabajo tendría garantizada la libertad. La mayoría de los trabajadores actualmente están explotados. Por otra parte, la estructura social no ha sido profundamente modificada por la evolución de la condición femenina; este mundo que siempre perteneció a los hombres sigue conservando la imagen que han imprimido en él. No hay que perder de vista estos hechos que hacen tan compleja la cuestión del trabajo femenino. Una señora importante y bien pensante hizo recientemente una encuesta entre las obreras de la fábrica Renault: afirma que preferían quedarse en su casa en lugar de trabajar en la fábrica. Sin duda, acceden a la independencia en el seno de una clase económicamente oprimida; por otra parte, las tareas realizadas en la fábrica no las dispensan de las labores domésticas<sup>1</sup>. Si les hubieran propuesto elegir entre cuarenta horas de trabajo semanal en la fábrica o en la casa, sin duda las respuestas habrían sido diferentes; quizás hasta aceptarían alegramente las dos tareas si como obreras se integraran en un mundo que fuera el suyo, en cuya elaboración pudieran participar con alegría y orgullo. En este momento, sin mentar ni siquiera a las agricultoras<sup>2</sup>, la mayoría de las mujeres que trabajan no se evaden del mundo femenino tradicional; no reciben de la sociedad ni de sus maridos la ayuda que les resultaría necesaria para convertirse concretamente en iguales de los hombres. Sólo las que tienen una fe política, militan en un sindicato, confían en el futuro, pueden dar un sentido ético a las ingratis fatigas cotidianas; sin embargo, privadas de descanso, herederas de una tradición de sumisión, es normal que las mujeres apenas empiecen a desarrollar un sentido político y social. Es normal que, al no recibir a cambio de su trabajo los beneficios morales y sociales que tendrían derecho a esperar, sufran sin entusiasmo sus limitaciones. Es comprensible también que la modista, la empleada, la secretaria no quieran renunciar a las ventajas del apoyo masculino. Ya he dicho que la existencia de una casta privilegiada a la que le está permitido sumarse simplemente entregando su cuerpo es para la mujer joven una tentación casi irresistible; está obligada a usar sus encantos

<sup>1</sup> Ya he dicho en el tomo I, segunda parte, cap. V, hasta qué punto son gravosas para la mujer que trabaja fuera de su casa.

<sup>2</sup> Cuya condición hemos examinado en el tomo I, segunda parte, cap. V.

porque sus salarios son mínimos, mientras que el nivel de vida que la sociedad exige de ella es muy elevado; si se contenta con lo que gana, sólo será una paria: mal instalada, mal vestida, se le negarán todas las distracciones e incluso el amor. Las personas virtuosas le recomiendan el ascetismo; en realidad, su régimen alimentario suele ser tan austero como el de una carmelita; simplemente, no todo el mundo puede tomar a Dios como amante: tiene que gustar a los hombres para triunfar en su vida de mujer. Por lo tanto, necesitará ayuda: con eso cuenta cínicamente el empresario que le paga un salario de hambre. A veces, esta ayuda le permitirá mejorar su situación y conquistar una verdadera independencia; a veces, al contrario, abandonará su profesión para hacerse mantener. A menudo hará las dos cosas: se liberará de su amante con el trabajo y se evadirá del trabajo gracias a su amante; pero también conocerá la doble servidumbre de un oficio y de una protección masculina. Para la mujer casada, el salario en general sólo representa una ayuda; en cambio, para la mujer que «acepta regalos», la atención masculina aparecerá como no esencial; sin embargo, ni la una ni la otra compran con su esfuerzo personal una independencia total.

No obstante, existe actualmente gran número de privilegiadas que encuentran en su profesión una autonomía económica y social. A ellas nos referimos cuando nos preguntamos sobre las posibilidades de la mujer y sobre su futuro. Por esta razón, aunque todavía no constituyan más que una minoría, es especialmente interesante estudiar de cerca su situación; si los debates feministas y antifeministas se prolongan, es para hablar de su situación. Unos afirman que las mujeres emancipadas de nuestros días no logran en el mundo nada importante y que, por otra parte, les cuesta encontrar un equilibrio interior. Otros exageran los resultados que obtienen y cierran los ojos ante sus dificultades. En realidad, nada permite decir que han equivocado el camino; no obstante, es evidente que no están tranquilamente instaladas en su nueva condición: sólo han recorrido la mitad del camino. La mujer que se libera económicamente del hombre no está por ello en una situación moral, social, psicológica idéntica a él. La forma en que se implica en su profesión y se consagra a ella depende del contexto que constituye la forma global de su vida. Cuando aborda su vida de adulta, no tiene tras ella el mismo pasado que un niño; la sociedad no la considera con los mismos ojos; el universo se le presenta desde una perspectiva diferente. El hecho de ser

mujer plantea actualmente a un ser humano autónomo problemas singulares.

El privilegio que tiene el hombre y que se advierte desde la infancia es que su vocación de ser humano no va contra su destino de varón. Mediante la asimilación del falo y de la trascendencia, sus éxitos sociales o espirituales le procuran un prestigio viril. No está dividido. Sin embargo, se pide a la mujer que, para realizar su feminidad, se convierta en objeto y en presa, es decir, que renuncie a sus reivindicaciones de sujeto soberano. Este conflicto es lo que caracteriza singularmente la situación de la mujer liberada. Se niega a atrincherarse en su papel de hembra porque no se quiere mutilar, pero sería también una mutilación repudiar su sexo. El hombre es un ser humano sexuado; la mujer sólo será un individuo completo, e igual al varón, si es también un ser humano sexuado. Renunciar a su feminidad es renunciar a una parte de su humanidad. Los misóginos suelen reprochar a las mujeres que «se abandonen»; pero también les dicen: si queréis ser nuestros iguales, dejad de pintaros la cara y las uñas. Este último consejo es absurdo. Precisamente porque la idea de feminidad se define artificialmente desde las costumbres y las modas, se le impone a cada mujer desde fuera; puede evolucionar de forma que sus cánones se acerquen a los que adoptan los varones: en las playas, el pantalón ha pasado a ser una prenda femenina. Esto no cambia nada en el fondo de la cuestión: el individuo no es libre de modificarla libremente. La que no se adapta se devalúa sexualmente y por lo tanto socialmente, ya que la sociedad ha integrado los valores sexuales. Por rechazar los atributos femeninos no se adquieren atributos viriles; ni siquiera una mujer travestida consigue convertirse en un hombre: es una mujer travestida. Hemos visto que la homosexualidad también constituye una especificación: la neutralidad es imposible. No existe ninguna actitud negativa que no implique una contrapartida positiva. La adolescente suele creer que puede simplemente despreciar las convenciones, pero de esta misma forma también se manifiesta; crea una situación nueva que conlleva unas consecuencias que tendrá que asumir. Desde el momento en que se sustrae a un código establecido se convierte en rebelde. Una mujer que se viste de forma extravagante miente cuando afirma con aires de sencillez que lo hace porque le gusta, nada más: sabe perfectamente que es una extravagancia que le guste. A la inversa, la que no desea parecer una excéntrica se adapta a las reglas comunes. A menos que represen-

te una acción positivamente eficaz, el desafío no es una buena solución: se consume más tiempo y fuerza de la que se ahorra. Una mujer que no desea chocar, que no deseé devaluarse socialmente, debe vivir como mujer su condición de mujer: en muchos casos incluso su éxito profesional así lo exige. Mientras el conformismo sea natural para el hombre —pues la costumbre se fija en función de sus necesidades de individuo autónomo y activo— la mujer, que también es sujeto, actividad, deberá adaptarse a un mundo que la ha condenado a la pasividad. La servidumbre es mayor porque las mujeres confinadas en la esfera femenina han hipertrofiado su importancia: han convertido el aspecto personal, las tareas domésticas en artes difíciles. El hombre no tiene que preocuparse de su ropa; es cómoda, está adaptada a la vida activa, no tiene que ser muy rebuscada; apenas forma parte de su personalidad; además, nadie se espera que se ocupe de ella personalmente: alguna mujer, voluntaria o pagada, lo hará. La mujer, por el contrario, sabe que cuando la miran no se establece diferencia entre ella y su apariencia: la juzgan, la respetan, la desean a través de su aspecto personal. Su ropa estaba primitivamente destinada a condenarla a la impotencia y sigue siendo frágil: las medias se hacen carreras, los tacones se desgastan, las blusas y los trajes claros se ensucian, los plisados se deshacen; y sin embargo, tendrá que reparar personalmente la mayor parte de estos accidentes; ningún semejante vendrá de buena gana a ayudarla y ella no querrá cargar más aún su presupuesto con cosas que *puede* hacer ella misma: las permanentes, maquillajes, trajes nuevos ya cuestan demasiado caros. Cuando vuelven por la noche, la secretaria, la estudiante, siempre tienen que coger puntos a las medias, lavar blusas, planchar faldas. Una mujer que se gana bien la vida se ahorrará estos trabajos, pero a cambio estará obligada a una elegancia más complicada, perderá tiempo en compras, pruebas, etc. La tradición también impone a la mujer, incluso soltera, una cierta forma de llevar la casa; un funcionario trasladado a una ciudad nueva vivirá preferentemente en un hotel; una mujer tratará de buscarse una casa; deberá mantenerla escrupulosamente, porque en ella no se disculparía una negligencia que parecería natural en un hombre. Además, la opinión de los demás no es lo único que la empuja a consagrarse tiempo y esfuerzo a su belleza y a su casa. Desea por satisfacción propia ser una verdadera mujer. Sólo conseguirá aprobarse a través del presente y del pasado si acumula la vida que se ha creado con el destino que su madre, sus juegos de niña

y sus fantasías de adolescente le habían preparado. Ha alimentado sueños narcisistas; al orgullo fálico del varón le sigue contraponiendo el culto de su imagen; quiere exhibirse, gustar. Su madre, sus hermanas mayores le han inculcado el amor al nido: un territorio propio ha sido la forma primitiva de sus sueños de independencia; no va a renegar de ellos cuando ha encontrado la libertad por otros caminos. Y en la medida en que todavía no se siente demasiado segura en el universo masculino, necesitará un retiro, símbolo de este refugio interior que estaba acostumbrada a buscar en ella misma. Dócil frente a la tradición femenina, encerrará el parqué, cocinará, en lugar de ir, como su colega, a comer a un restaurante. Quiere vivir como un hombre y como una mujer: de esta forma multiplica sus tareas y su cansancio.

Si pretende seguir siendo una mujer plena es porque también quiere abordar al otro sexo con un máximo de oportunidades. Los problemas más difíciles se van a plantear en el terreno sexual. Para ser un individuo completo, igual que el hombre, la mujer tiene que tener acceso al mundo masculino como el varón al mundo femenino, tiene que tener acceso al *otro*; sin embargo, las exigencias del *otro* no son simétricas en ambos casos. Una vez conquistadas, la fortuna, la celebridad, al aparecer como virtudes inmanentes, pueden aumentar el atractivo sexual de la mujer, pero el hecho de tener una actividad autónoma contradice su feminidad, y ella lo sabe. La mujer independiente —y sobre todo la intelectual que reflexiona sobre su situación— sufrirá como hembra un complejo de inferioridad; no tiene tiempo para consagrarse a su belleza cuidados tan atentos como la coqueta, que sólo se preocupa por seducir; por mucho que siga los consejos de los especialistas, en elegancia no dejará de ser una aficionada; el encanto femenino exige que la trascendencia, al degradarse en inmanencia, se limite a ser una sutil palpitación carnal; hay que ser una presa espontáneamente disponible: la inteligente sabe que se ofrece, sabe que es una conciencia, un sujeto; no se consigue fácilmente matar la mirada ni cambiar los ojos para transformarlos en un trozo de cielo o de agua; y desde luego, no se puede detener el impulso de un cuerpo que tiende hacia el mundo para transformarlo en una estatua animada de vibraciones sordas. La intelectual lo intentará con más celo porque tiene miedo de fracasar, pero este celo consciente es también una actividad y fallará en su objetivo. Comete los mismos errores que encontramos en la menopausia: trata de negar su cerebralidad como la mujer que envejece trata de negar

su edad; se viste de niña, se sobrecarga con flores, lazos, telas chillonas; exagera los gestos infantiles y maravillados. Se hace la alocada, da saltitos, balbucea y finge desenvoltura, atolondramiento, espontaneidad. Pero se parecerá a esos actores que, a falta de la emoción adecuada que relajaría determinados músculos, contraen por un esfuerzo de voluntad los antagonistas, bajan los párpados o las comisuras de la boca en vez de dejarlos caer; así, la mujer de cabeza, para fingir abandono se tensa. Ella se da cuenta, se irrita; por su rostro lleno de ingenuidad pasa repentinamente un resplandor de inteligencia demasiado aguda; los labios prometedores se crispan. Si le cuesta gustar es porque no es como sus hermanitas esclavas una voluntad de gustar pura; el deseo de seducir, por muy vivo que sea, no ha llegado al fondo de sus huesos; cuando se siente torpe, se irrita por su servilismo; quiere tomar la revancha jugando con armas masculinas: habla en lugar de escuchar, despliega pensamientos sutiles, emociones inéditas; contradice a su interlocutor en lugar de aprobar, trata de tomar la delantera sobre él. Mme de Staël mezclaba con bastante habilidad los dos métodos para lograr triunfos fulminantes: no había quien se le resistiera. Sin embargo, la actitud de desafío, tan frecuente por ejemplo entre las norteamericanas, en general irrita a los hombres más que dominarlos; por otra parte, son ellos quienes la provocan con su propia desconfianza; si aceptaran amar a una semejante en lugar de a una esclava —como hacen por otra parte los que carecen de arrogancia y de complejo de inferioridad— las mujeres se obsesionarían mucho menos por su feminidad; ganarían en naturalidad, sencillez y les costaría menos trabajo ser mujeres, ya que después de todo lo son.

El hecho es que los hombres empiezan a apostar por la nueva condición de la mujer; al no sentirse tan condenada *a priori*, la mujer ha ganado mucho en naturalidad: actualmente, la mujer que trabaja ya no abandona su feminidad y no pierde su atractivo sexual. Este éxito —que ya marca un progreso hacia el equilibrio— es sin embargo incompleto; es mucho más difícil para la mujer que para el hombre establecer con el otro sexo las relaciones que desea. Su vida erótica y sentimental tropieza con numerosos obstáculos. En este aspecto, la mujer vasalla no está privilegiada en modo alguno: sexual y sentimentalmente, la mayoría de las esposas y de las cortesanas están radicalmente frustradas. Si las dificultades son más evidentes en la mujer independiente, es porque no ha optado por la resignación, sino por la lucha. Todos

los problemas vitales encuentran en la muerte una solución silenciosa; una mujer que trata de vivir estará más dividida que la que entierra su voluntad y sus deseos, pero no aceptará que se le ponga esta última como ejemplo. Sólo comparándose al hombre se encontrará en situación de inferioridad.

Una mujer que se compromete, que tiene responsabilidades, que conoce la dureza de la lucha contra las resistencias del mundo, necesita —como el varón— no sólo saciar sus deseos físicos, sino conocer la relajación, la diversión que aportan las agradables aventuras sexuales. Sin embargo, hay medios en los que esta libertad no se le reconoce; se arriesga, si la utiliza, a comprometer su reputación, su carrera; como mínimo se exige de ella una hipocresía que se convierte en una carga. Cuanto más consigue imponerse socialmente, más se hará la vista gorda; pero sobre todo en provincias, en la mayor parte de los casos la espiarán severamente. Incluso en las circunstancias más favorables —cuando ya no teme a la opinión pública— su situación no es equivalente a la del hombre. Las diferencias vienen de la tradición y de los problemas que plantea la naturaleza singular del erotismo femenino.

El hombre puede conocer fácilmente relaciones sin futuro que basten para saciar su carne y relajarle moralmente. Ha habido mujeres —poco numerosas— que exigieron la apertura de burdeles para mujeres; en una novela titulada *Le Numéro 17*, una mujer proponía la creación de casas en las que las mujeres podrían ir a «aliviarse sexualmente» en una especie de barra americana atendida por hombres<sup>3</sup>. Al parecer, en San Francisco existió un establecimiento de este tipo; sólo lo frecuentaban las chicas de burdel, muy divertidas de pagar en lugar de hacerse pagar, así que sus proxenetas lo cerraron enseguida. Además de que esta solución es utópica y poco deseable, sin duda tendría poco éxito: hemos visto que la mujer no obtenía un «alivio» de forma tan mecánica como el hombre; la mayor parte considerarían la situación poco propicia a un abandono sexual. En todo caso, el hecho es que este recurso actualmente les está negado. La solución que consiste en buscar por la calle un compañero de una noche o de una hora —suponiendo que una mujer dotada de fuerte temperamento y que haya superado todas sus inhibiciones se lo plantee sin re-

<sup>3</sup> El autor —cuyo nombre he olvidado, olvido que no me parece urgente reparar— explica ampliamente cómo podrían estar entrenados para satisfacer a cualquier cliente, qué tipo de vida habría que imponerles, etc.

pugnancia— es mucho más peligrosa para ella que para el varón. El riesgo de enfermedad venérea es mucho más grave para ella porque él es quien debe adoptar las precauciones necesarias para evitar la contaminación; por muy prudente que sea, nunca está totalmente protegida de la amenaza de un hijo. Además, sobre todo en las relaciones entre desconocidos —relaciones que se sitúan en un plano brutal—, la diferencia de fuerza física cuenta mucho. Un hombre no tiene demasiado que temer de una mujer que se lleve a su casa; basta que tenga un poco de cuidado. La mujer que lleva a un hombre a su casa no se encuentra en la misma situación. Me han hablado de dos mujeres jóvenes que, recién llegadas a París y ávidas por «ver mundo», tras una ronda nocturna, invitaron a cenar a dos seductores proxenetas de Montmartre: a la mañana siguiente se encontraron desvalijadas, maltratadas y amenazadas de chantaje. Un caso más significativo es el de una mujer de unos cuarenta años, divorciada, que trabajaba duramente todo el día para dar de comer a tres hijos y parientes ancianos. Todavía bella y atractiva, no tenía en absoluto tiempo de llevar una vida mundana, coquetear, llevar a cabo decentemente ninguna empresa de seducción, lo que por otra parte le hubiera aburrido. No obstante, tenía unos sentidos exigentes; consideraba que tenía derecho como un hombre a saciarlos. Algunas noches, daba una vuelta por la calle y se las arreglaba para ligarse a un hombre. Una noche, tras una hora o dos pasadas entre los arbustos del bosque de Bolonia, su amante no aceptó dejarla marchar: quería su nombre, su dirección, volverla a ver, formar pareja con ella; como ella se negaba, la golpeó violentamente y la dejó maltratada y aterrorizada. En cuanto a buscar un amante, como hace a menudo el hombre con una mujer, manteniéndolo o ayudándolo, sólo es posible para las mujeres ricas. Algunas se encuentran a gusto en una situación de este tipo: al pagar al varón lo convierten en un instrumento, lo que les permite utilizarlo con indolencia desdeñosa. Sin embargo, tienen que tener cierta edad para disociar tan crudamente el erotismo y el sentimiento, porque en la adolescencia femenina la unión entre ambos elementos, ya lo hemos visto, es profunda. Hay muchos hombres que además no aceptarían nunca esta división entre carne y conciencia. La mayoría de las mujeres están mucho menos dispuestas a planteársela. Además, se da así una dificultad a la que son más sensibles que el hombre: el cliente que paga es también un instrumento, su compañero lo utiliza como una forma de ganarse la vida. El orgullo viril oculta al hombre los equívocos

del drama erótico: se miente espontáneamente; la mujer, más fácil de humillar, más susceptible, es también más lúcida; sólo conseguirá cerrar los ojos a costa de una mala fe más avezada. Comprar un varón, suponiendo que tenga los medios para ello, en general no le parecerá satisfactorio.

Para la mayor parte de las mujeres —como también para los hombres— no se trata únicamente de saciar sus deseos, sino de mantener mientras los sacian su dignidad de seres humanos. Cuando el varón goza de una mujer, cuando la hace gozar, se erige como único sujeto: imperioso y conquistador, donante generoso o las dos cosas al mismo tiempo. Recíprocamente, ella quiere afirmar que somete a su compañero a su placer y que además le colma con sus dones. Cuando se impone al hombre, con los beneficios que le ofrece, contando con su cortesía o despertando con sus maniobras deseo en su generalidad pura, trata de convencerse de que le deja satisfecho. Gracias a esta provechosa convicción, puede utilizarlo sin sentirse humillada, ya que pretende actuar por generosidad. Por ejemplo, en *El trigo verde*, la «dama de blanco» que busca las caricias de Phil le dice altivamente: «Sólo me gustan los mendigos y los hambrientos.» En realidad, se las arregla hábilmente para que adopte una actitud de suplicante. Entonces, dice Colette, «ella se apresuró hacia el reino estrecho y oscuro en el que su orgullo podría creer que la queja equivale a reconocer el desamparo y donde las pedigüeras de su clase se alimentan con una ilusión de liberalidad». Mme de Warens es representativa de estas mujeres que eligen amantes jóvenes o desgraciados o de condición inferior para dar a sus apetitos visos de generosidad. También hay algunas intrépidas que buscan varones más robustos y están encantadas de satisfacerlos, cuando sólo han cedido por educación o por terror.

A la inversa, si la mujer que atrapa al hombre en su trampa quiere imaginarse que da, la que se entrega quiere afirmar que toma. «Yo soy una mujer que toma», me dijo un día una joven periodista. En realidad, en estas cosas, salvo en los casos de violación, nadie toma realmente al otro; pero aquí la mujer miente doblemente. Porque el hecho es que el hombre seduce a menudo por su ardor, su agresividad, logra activamente el consentimiento de su compañera. Salvo casos excepcionales —entre otros, Mme de Staël que ya he citado—, no es así con la mujer: lo único que puede hacer es ofrecerse; porque la mayor parte de los varones están muy celosos de su papel; quieren despertar en la mujer una exci-

tación singular, no ser elegidos para saciar unas necesidades de forma general: cuando son elegidos, se sienten explotados<sup>4</sup>. «Una mujer que no teme a los hombres les da miedo», me decía un joven. A menudo he escuchado declarar a los adultos: «Me horroriza que una mujer tome la iniciativa.» Si la mujer se ofrece con demasiada osadía, el hombre huye: él quiere conquistar. La mujer sólo puede tomar convirtiéndose en presa: tiene que convertirse en una cosa pasiva, una promesa de sumisión. Si lo logra, pensará que este conjuro mágico ha sido voluntario, volverá a ser sujeto. Pero corre el riesgo de quedarse congelada como objeto inútil por el desdén del varón. Por esta razón se siente tan profundamente humillada si él rechaza sus iniciativas. El hombre también a veces se encoleriza cuando considera que han jugado con él; sin embargo, simplemente ha fracasado en una empresa, nada más. La mujer ha aceptado hacerse carne en la excitación, la espera, la promesa; sólo podía ganar perdiéndose: está perdida. Hay que estar muy ciego o ser excepcionalmente lúcido para sacar partido de una derrota como ésta. Incluso cuando funciona la seducción, la victoria es equívoca; efectivamente, según la opinión pública el vencedor es el hombre, él *posee* a la mujer. No se admite que ella pueda, como el hombre, asumir sus deseos: ella es su presa. Se presupone que el varón ha integrado en su individualidad las fuerzas específicas; sin embargo, la mujer es esclava de la especie<sup>5</sup>. A veces se la representa como pura pasividad: «María, abrete de piernas»; «el autobús es lo único que no le ha pasado por encima»; disponible, abierta, es un utensilio; cede blandamente al poder del sexo, está fascinada por el varón que la toma como fruta madura. A veces se la ve como una actividad alienada: hay como un diablo rebullendo en su matriz, en el fondo de su vagina acecha una serpiente ávida de atiborrarse de esperma masculino. En todo caso, no se acepta pensar que simplemente es libre. En Francia sobre todo se confunde obstinadamente a la mujer libre con la mujer fácil, pues la idea de facilidad supone una falta de resistencia y de control, una carencia, la negación misma de la libertad. La literatura femenina trata de combatir este prejuicio: por

<sup>4</sup> Este sentimiento es la contrapartida del que hemos señalado en la adolescente. Simplemente ella acaba por resignarse a su destino.

<sup>5</sup> Hemos visto en el tomo I, primera parte, capítulo I, que en esta opinión hay algo de verdad. Sin embargo, la asimetría no se manifiesta precisamente en el momento del deseo, sino en el de la procreación. En el deseo la mujer y el hombre asumen idénticamente su función natural.

ejemplo, en *Griselidis*, Clara Malraux insiste en que su personaje no cede a un movimiento, sino que realiza un acto que reivindica. En Estados Unidos, se reconoce en la actividad sexual de la mujer una libertad, lo que la favorece mucho. En Francia, el desdén que proclaman por las «mujeres fáciles» esos hombres mismos que se aprovechan de sus favores paraliza a muchas mujeres. Les horrorizan las representaciones que podrían suscitar, las palabras de las que serían pretexto.

Aunque la mujer desprecie los rumores anónimos, vive en las relaciones con su compañero dificultades concretas; porque en él se encarna la opinión. Es frecuente que el hombre considere la cama como el terreno en el que debe afirmarse su superioridad agresiva. Quiere tomar y no recibir, no intercambiar sino atrapar. Trata de poseer a la mujer más allá de lo que ella se entrega; exige que su consentimiento sea una derrota y las palabras que ella murmura una confesión que le arranca; si ella admite su placer, reconoce su esclavitud. Cuando Claudine desafía a Renaud por su prontitud al someterse a él, él va más lejos: se apresura a violarla cuando ella iba a entregarse; la obliga a tener los ojos abiertos para contemplar el torbellino de su triunfo. En *La condición humana*, el autoritario Ferral se obstina en encender la lámpara que Valerie quiere apagar. Orgullosa, reivindicativa, la mujer aborda al varón como a un adversario; en esta lucha ella está mucho peor armada que él; para empezar, él tiene la fuerza física y le resulta más fácil imponer su voluntad; también hemos visto que tensión y actividad se armonizan con su erotismo, mientras que la mujer, cuando rechaza la pasividad, destruye el encanto que la lleva al placer; si en sus actitudes y movimientos finge dominio, no consigue gozar: la mayor parte de las mujeres que se sacrifican a su orgullo se vuelven fríidas. Son escasos los amantes que permiten a sus mujeres saciar sus tendencias autoritarias o sádicas; más raras todavía son las mujeres que en esa docilidad obtienen una plena satisfacción erótica.

Hay un camino que parece para la mujer mucho menos espinoso: es el del masoquismo. Cuando durante el día trabaja, lucha, asume responsabilidades y riesgos, es un descanso abandonarse por las noches a sus potentes caprichos. Enamorada o ingenua, la mujer disfruta a menudo anquilándose en beneficio de una voluntad tiránica. Pero tiene que sentirse realmente dominada. No es fácil para la que vive día tras día entre hombres creer en la supremacía incondicional de los varones. Me citaron el caso de una

mujer, no realmente masoquista, sino muy «femenina», es decir, que disfrutaba profundamente con el placer de abandonarse a unos brazos masculinos; desde los diecisiete años tuvo varios maridos y numerosos amantes, que le habían procurado mucho placer; tras llevar a cabo una empresa difícil durante la cual tuvo a hombres bajo su mando, se quejaba de haberse vuelto frígida: un cierto abandono beatífico le resultaba imposible porque estaba acostumbrada a dominar a los varones, porque su prestigio se había desvanecido. Cuando la mujer empieza a dudar de la superioridad de los hombres, sus pretensiones no hacen sino disminuir la estima que podría tener por ellos. En la cama, en los momentos en los que el hombre se afirma más obstinadamente como varón, al fingir virilidad parece como infantil para unos ojos perspicaces: simplemente está conjurando el antiguo complejo de castración, la sombra de su padre o cualquier otra fantasía. Si la mujer se niega a ceder a los caprichos de un amante, no siempre es por orgullo: desea enfrentarse con un adulto que vive un momento real de su vida, no con un niño que le cuenta cualquier cosa. La masoquista se siente especialmente decepcionada: una resignación maternal, hastiada o indulgente no es la abdicación con la que sueña. O deberá contentarse ella también con juegos ridículos, fingiendo creerse dominada y sometida, o correrá tras los hombres llamados «superiores» con la esperanza de encontrar un amo, o se volverá frígida.

Hemos visto que es posible escapar a las tentaciones del sadismo y del masoquismo cuando los dos compañeros se reconocen mutuamente como semejantes; cuando en el hombre y la mujer hay algo de modestia y un poco de generosidad, las ideas de victoria y de derrota desaparecen: el acto de amor se convierte en un libre intercambio. Paradójicamente, es mucho más difícil para la mujer que para el hombre reconocer como su semejante a un individuo del otro sexo. Precisamente porque la casta de los varones tiene la superioridad, el hombre puede dedicar una afectuosa estima a muchas mujeres singulares: una mujer es fácil de amar; ante todo tiene el privilegio de introducir a su amante en un mundo diferente del suyo y que puede explorar junto a ella; intriga, divide, al menos durante un tiempo; y además, como su situación es limitada, subordinada, todas sus cualidades aparecen como conquistas mientras que sus errores son excusables; Stendhal admira a Mme de Rénal y a Mme de Chasteller a pesar de sus detestables prejuicios; si una mujer tiene ideas equivocadas, si es poco

inteligente, poco clarividente, poco valerosa, el hombre no la considera responsable; piensa que es víctima —a menudo con razón— de su situación; sueña con lo que ella hubiera podido ser o con lo que será quizás: es posible darle un margen, incluso grande, ya que no es nada definido; a causa de esta ausencia el amante se cansará rápidamente; pero de ella procede el misterio, el encanto que le seduce y que le inclina hacia una ternura fácil. Es mucho más difícil sentir amistad por un hombre, porque es sin remedio lo que ha querido ser; hay que amarlo en su presencia y su verdad, no en las promesas o posibilidades inciertas; es responsable de sus conductas, de sus ideas; no tiene excusa. Con él sólo puede haber fraternidad si se aprueban sus actos, sus fines, sus opiniones; Julien puede amar a una legitimista; Lamiel no podría amar a un hombre cuyas ideas desprecie. Aunque esté dispuesta a temporizar, a la mujer le costará adoptar una actitud indulgente, porque el hombre no le abre un verde paraíso de la infancia, la mujer se lo encuentra en este mundo, que es su mundo común: él sólo aporta su persona. Cerrado sobre sí, definido, decidido, favorece poco los sueños; cuando habla hay que escuchar; se toma en serio: si no interesa, aburre, su presencia pesa. Sólo la gente muy joven se deja fascinar por sueños maravillosos, se puede buscar en ellos misterio y promesa, encontrarles excusas, tomarlos a la ligera: es una de las razones para que resulten tan seductores a los ojos de las mujeres maduras. Sin embargo, ellos casi siempre prefieren mujeres jóvenes. La mujer de treinta años queda relegada para los varones adultos. Sin duda, entre ellos encontrará algunos que se ganan su estima y su amistad, pero tendrá suerte si no se vuelven arrogantes por ello. El problema, cuando busca una historia, una aventura en la que pueda implicarse con su corazón y su cuerpo, es encontrar a un hombre que pueda considerar un igual sin que él se considere superior.

Me dirán que en general las mujeres no se complican tanto la vida; aprovechan la ocasión sin hacerse demasiadas preguntas y después ya verán qué hacen con su orgullo y su sensualidad. Es verdad. Pero también es verdad que sepultan en el secreto de su corazón muchas decepciones, humillaciones, lamentaciones, sentimientos que no encontramos —como media— de forma equivalente en los hombres. De una aventura más o menos fallida, el hombre obtendrá con seguridad el beneficio del placer; ella podría no obtener ningún beneficio; aunque se sienta indiferente, se presta educadamente a las relaciones físicas cuando llega el

momento decisivo: puede resultar que el amante sea impotente y ella se habrá embarcado en una aventura ridícula; si no consigue el orgasmo se sentirá estafada; si queda satisfecha, tratará de retener a su amante. No es totalmente sincera cuando pretende buscar aventuras sin futuro, persiguiendo sólo el placer, porque el placer en lugar de liberarla la ata; una separación, aunque sea amistosa, la hiere. Es mucho más raro escuchar a una mujer hablar amistosamente de un antiguo amante que a un hombre de sus aventuras.

La naturaleza de su erotismo, las dificultades de una vida sexual libre empujan a la mujer a la monogamia. En cualquier caso, le resulta mucho más difícil que al hombre conciliar relación o matrimonio con una carrera. El amante o el marido le puede pedir que renuncie a ella; ella dudará, como la vagabunda de Colette que desea ardientemente tener a su lado el calor viril, pero que teme las limitaciones conyugales; si cede, vuelve a convertirse en esclava; si se niega, se condena a una soledad estéril. Actualmente, el hombre suele aceptar que su compañera siga trabajando; las novelas de Colette Yver, que nos muestran a una mujer joven obligada a sacrificar su profesión para mantener la paz del hogar, están un poco anticuadas; la vida en común de dos seres libres es un enriquecimiento para ambos, y en las ocupaciones de su cónyuge cada cual encuentra una garantía de su propia independencia; la mujer autosuficiente libera a su marido de la esclavitud conyugal que era el precio de la suya. Si el hombre tiene una buena voluntad escrupulosa, amantes y esposos logran, en una generosidad sin exigencias, una igualdad perfecta<sup>6</sup>. A veces es el hombre el que desempeña el papel de servidor abnegado; junto a George Eliot, Lewes creaba la atmósfera propicia que suele crear la esposa alrededor de su marido soberano. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, es la mujer la que se hace cargo de la armonía del hogar. Al hombre le parece natural que sea ella la que lleve la casa, se ocupe sola del cuidado y la educación de los hijos. La propia mujer considera que al casarse asume unas cargas de las que no le dispensa su vida personal; no quiere que su marido se vea privado de las ventajas que hubiera encontrado al asociarse a una «mujer, mujer»: quiere ser elegante, buena ama de casa, madre abnegada como suelen ser las esposas. Es una tarea que pronto resulta abrumadora. La asume por respeto a su com-

<sup>6</sup> Al parecer la vida de Clara y Robert Schumann fue durante un tiempo un éxito de este tipo.

pañero y por fidelidad a sí misma: ya hemos visto que no quiere renunciar en modo alguno a su destino de mujer. Para el marido será un doble además de ser ella misma; se hará cargo de sus preocupaciones, participará en sus éxitos al tiempo que se ocupa de ella misma o incluso más. Educada dentro del respeto a la superioridad masculina, puede que siga pensando que le corresponde al hombre ocupar el primer puesto; a veces teme destruir su familia si lo reivindica; dividida entre el deseo de afirmarse y el de anularse, se siente desgarrada, partida en dos.

Sin embargo, hay una ventaja que puede obtener la mujer de su inferioridad: ya que de entrada tiene menos oportunidades que el hombre, no se siente *a priori* culpable ante él; no le corresponde a ella compensar la injusticia social y no se siente empujada a ello. Un hombre de buena voluntad debe tratar bien a las mujeres porque está más favorecido que ellas; se dejará atar por los escrúpulos, la piedad; corre el riesgo de convertirse en presa de mujeres que son «pegajosas», «devoradoras» porque están desarmadas. La mujer que conquista una independencia viril tiene el gran privilegio de tener que tratar sexualmente con individuos que son autónomos y activos y que —generalmente— no tendrán un papel parasitario en su vida, que no la encadenarán con su debilidad y con la exigencia de sus necesidades. Son pocas las mujeres que saben crear con su compañero una relación libre; se forjan ellas mismas unas cadenas que ellos nunca pensaron en infligirlas: adoptan frente a ellos una actitud de enamoradas. Durante veinte años de espera, sueños, esperanza, la joven ha acariciado el mito del héroe liberador y salvador: la independencia conquistada en el trabajo no basta para acabar con su deseo de gloriosa abdicación. Hubiera tenido que ser educada exactamente<sup>7</sup> como un chico para poder superar fácilmente el narcisismo de la adolescencia, pero perpetuará en su vida de adulta este culto al yo al que la inclina toda su juventud; convierte sus éxitos profesionales en méritos con los que enriquece su imagen; necesita que una mirada venida de arriba la revele y consagre su valor. Aunque sea severa con los hombres y los juzgue día a día no dejará de reverenciar al Hombre, y si lo encuentra estará dispuesta a hincarse ante él de rodillas. Hacerse justificar por un dios es más fácil que justificarse

<sup>7</sup> Es decir, no sólo de acuerdo con los mismos métodos, sino en el mismo clima, lo que resulta actualmente imposible a pesar de todos los esfuerzos del educador.

con el propio esfuerzo; el mundo la empuja a creer en la posibilidad de una salvación venida de arriba: ella opta por creérsela. A veces, renuncia totalmente a su autonomía, sólo es una enamorada; generalmente intenta conciliar las dos cosas; pero el amor idólatra, el amor abdicación es devastador: ocupa todos los pensamientos, todos los instantes, es obsesivo, tiránico. En caso de problemas profesionales, la mujer buscará apasionadamente un refugio en el amor: sus fracasos se traducen en escenas y exigencias en las que el amante paga los platos rotos. Sin embargo, sus penas amorosas no suelen multiplicar su celo profesional: generalmente se irrita contra un tipo de vida que le impide tomar la senda gloriosa del gran amor. Una mujer, que trabajaba hace diez años en una gran revista política dirigida por mujeres, me decía que en las oficinas no se solía hablar de política sino de amor: una se quejaba de que sólo la amaban por su cuerpo, olvidando su gran inteligencia; otra gemía porque sólo apreciaban su mente sin interesarse nunca por su atractivo carnal. Incluso en este caso, para que la mujer pudiera estar enamorada como un hombre, es decir, sin cuestionar su mismo *ser*, en libertad, tendría que considerarse su igual, tendría que serlo concretamente: tendría que comprometerse con la misma decisión en sus empresas, lo que, como veremos, está lejos de ser frecuente.

Hay una función femenina que actualmente es imposible asumir con total libertad: la maternidad; en Inglaterra, en Estados Unidos, la mujer puede al menos rechazarla si así lo desea gracias a las prácticas del control de natalidad; hemos visto que en Francia frecuentemente se ve obligada a abortos penosos y caros; a menudo se encuentra cargada con un hijo que no desea y que acaba con su vida profesional. Si esta carga es pesada, es porque las costumbres no permiten a la mujer procrear cuando lo desea: la madre soltera escandaliza y, para el hijo, un nacimiento ilegítimo es una tara; es raro que llegue a ser madre sin aceptar las cadenas del matrimonio o sin bajar en la escala social. Si la idea de inseminación artificial interesa a tantas mujeres no es porque deseen evitar las relaciones con los varones, sino porque esperan que la sociedad por fin admitirá la maternidad libre. Hay que añadir que, a falta de guarderías, de jardines de infancia convenientemente organizados, un solo hijo puede paralizar totalmente la actividad de la mujer; sólo puede seguir trabajando si lo abandona en manos de sus padres, de amigos o de criados. Tiene que elegir entre la esterilidad, que vive a menudo como una frustración do-

lorosa, y cargas difícilmente compatibles con el ejercicio de una profesión.

Por eso la mujer independiente está actualmente dividida entre sus intereses profesionales y las inquietudes de su vocación sexual; le cuesta encontrar un equilibrio; si lo consigue es a cambio de concesiones, sacrificios, acrobacias que exigen de ella una tensión perpetua. Es precisamente ahí, mucho más que en las circunstancias fisiológicas, donde hay que buscar la causa de los nervios, la fragilidad que se suele observar en ella. Es difícil decidir en qué medida la constitución física de la mujer representa un obstáculo en sí. Se ha hablado mucho, por ejemplo, del obstáculo que crea la menstruación. Las mujeres que se han dado a conocer por trabajos o por acciones parecían darle poca importancia: ¿será quizás porque precisamente debían sus éxitos a la benignidad de sus trastornos mensuales? Podemos preguntarnos si, a la inversa, no será que la opción de una vida activa y ambiciosa les confiere este privilegio, porque el interés que la mujer dedica a sus trastornos los agudiza; las deportistas, las mujeres activas sufren menos que las otras porque se ocupan menos de sus sufrimientos. Con seguridad, también existen causas orgánicas y he visto mujeres muy energéticas pasar cada mes veinticuatro horas en la cama presas de torturas despiadadas; sin embargo, esta circunstancia nunca ha entorpecido sus acciones. Estoy convencida de que la mayor parte de estos malestares y enfermedades que abruman a las mujeres tienen causas psíquicas: es lo que me han dicho por otra parte algunos ginecólogos. A causa de la tensión moral de la que he hablado, a causa de todas las tareas que asumen, de las contradicciones en las que se debaten, las mujeres están sin cesar hostigadas, al límite de sus fuerzas; eso no quiere decir que sus males sean imaginarios: son reales y devoradores como la situación que expresan. Pero la situación no depende del cuerpo, sino a la inversa. Por eso, la salud de la mujer dejará de perjudicarla en su trabajo cuando la trabajadora tenga en la sociedad el lugar que le corresponde; por el contrario, el trabajo ayudará mucho a su equilibrio físico impidiéndole que se preocupe de él constantemente.

Cuando juzgamos las realizaciones profesionales de la mujer y a partir de ahí pretendemos anticipar su futuro, no hay que perder de vista este conjunto de hechos. La mujer emprende una carrera en el seno de una situación tormentosa, sometida a las cargas que suele implicar tradicionalmente la feminidad. Las circunstancias objetivas tampoco le son favorables. Siempre es duro

ser un recién llegado que trata de abrirse camino a través de una sociedad hostil o al menos desconfiada. Richard Wright mostró en *Black Boy* cómo las ambiciones de un joven negro americano se veían bloqueadas de entrada y la lucha que tuvo que desarrollar simplemente para elevarse a un nivel en el que tropezara con los mismos problemas que los blancos; los negros que vinieron de África a Francia también conocen —en ellos como en el exterior— dificultades similares a las que encuentran las mujeres.

Para empezar, en el periodo de aprendizaje la mujer ya se encuentra en situación de inferioridad; ya lo he dicho cuando hablaba de la adolescente, pero debemos volver sobre este tema con más precisión. Durante sus estudios, durante los primeros años tan decisivos de su carrera, es raro que la mujer pueda aprovechar francamente sus oportunidades: muchas tendrán que cargar después con un mal comienzo. Efectivamente, entre los dieciocho y los treinta años los conflictos de los que he hablado alcanzarán su intensidad máxima; y es el momento en el que se juega el futuro profesional. Si la mujer vive con su familia o está casada, su entorno no respetará en general sus esfuerzos como se respetan los de un hombre; se le impondrán servicios, tareas, se limitará su libertad; ella además está todavía profundamente marcada por su educación, respetuosa de los valores que afirman sus predecesoras, obsesionada por sus sueños de niña y adolescente; le cuesta conciliar la herencia de su pasado con los intereses de su futuro. A veces rechaza su feminidad, duda entre la castidad, la homosexualidad o una actitud provocadora de virago, se viste mal o se disfraza de hombre; pierde mucho tiempo y fuerzas en desafíos, farsas, ataques de ira. Otras veces quiere por el contrario afirmarla: coquetea, sale, tonteá, está enamorada, pasa del masoquismo a la agresividad. De todas formas, se cuestiona, se agita, se dispersa. Por el mero hecho de estar embargada por preocupaciones exteriores, no se compromete totalmente con su actividad, por lo que le saca menos provecho y además tiene mayores tentaciones de abandonar. Lo más desmoralizador para una mujer que trata de ser autosuficiente es la existencia de mujeres pertenecientes a las mismas categorías sociales, con la misma situación de partida, las mismas oportunidades que ella, que viven como parásitos; el hombre puede sentir resentimiento ante unos privilegiados, pero es solidario de su clase; en su conjunto, los que tienen las mismas oportunidades desde un principio llegan más o menos al mismo nivel de vida; sin embargo, por mediación del hombre hay muje-

res de la misma condición que tienen fortunas muy variadas; la amiga casada o cómodamente mantenida es una tentación para la que debe ocuparse sola de su porvenir; le parece que se condena arbitrariamente a tomar los caminos más difíciles: en cada escollo se pregunta si no sería mejor elegir otro camino. «Cuando pienso que tengo que sacarlo todo de mi cerebro», me decía escandalizada una pequeña estudiante sin fortuna. El hombre obedece a una necesidad imperiosa: la mujer debe reiterar de forma incesante su decisión; avanza, no fijando un objetivo ante ella, sino dejando deambular su mirada a su alrededor; por eso su actitud es tímida e insegura. Sobre todo, porque le parece —como ya he dicho— que a medida que avanza va renunciando a sus otras oportunidades; al convertirse en una intelectual, una mujer de cabeza, disgustará a los hombres en general, o humillará a su marido, su amante, con un éxito demasiado llamativo. No sólo trata de compensarlo mostrándose elegante y frívola, sino que frena su impulso. La esperanza de verse algún día liberada de la preocupación por ella misma, el temor a tener que renunciar a esta esperanza, al asumir esta preocupación, se conjugan para impedir que se entregue sin reservas a sus estudios, a su carrera.

Mientras la mujer quiere ser mujer, su condición independiente crea en ella un complejo de inferioridad; a la inversa, su feminidad le hace dudar de sus oportunidades profesionales. Es uno de los puntos más importantes. Hemos visto a muchachas de catorce años declarar en una encuesta: «Los chicos son mejores; les cuesta menos esfuerzo.» La adolescente está convencida de que tiene capacidad limitada. Dado que sus padres y profesores admiten que el nivel de las niñas es inferior al de los niños, ellas también lo admiten sin problema; efectivamente, a pesar de la igualdad de los programas, su cultura en los liceos es mucho menor. Salvo algunas excepciones, el conjunto de una clase femenina, de filosofía por ejemplo, está muy por debajo de una clase de muchachos: muchas no querrán continuar sus estudios, trabajan muy superficialmente y las otras se resienten por la falta de emulación. Mientras los exámenes no son demasiado difíciles, su insuficiencia no se hace notar; pero cuando se enfrenten con oposiciones serias, la estudiante tomará conciencia de sus carencias y las atribuirá, no a la mediocridad de su formación, sino a la injusta maldición que conlleva la feminidad; al resignarse a esta desigualdad, la agrava; se convence de que sus posibilidades de éxito sólo dependen de su paciencia y su aplicación; decide ahorrarse es-

fuerzos, con un resultado deplorable. Sobre todo en estudios y profesiones que requieren inventiva, originalidad, pequeños descubrimientos, la actitud utilitaria es nefasta; las conversaciones, las lecturas fuera del programa, un paseo durante el cual el espíritu divaga libremente puede ser mucho más provechosos para la traducción de un texto griego que la compilación de aburridas reglas sintácticas. Aplastada por el respeto a las autoridades y el peso de la erudición, con la mirada limitada por unas orejeras, la estudiante demasiado concienzuda mata en ella el sentido crítico y la inteligencia misma. Su saña metódica genera tensión y abrumamiento: en las clases en las que las alumnas preparan la oposición de Sèvres reina una atmósfera asfixiante que desanima a las individualidades más vitales. Tras crearse una cárcel para ella misma, la candidata sólo piensa en escapar; cuando cierra los libros su mente se va hacia otros temas. No conoce esos momentos fecundos en los que estudio y diversión se confunden, en los que las aventuras de la mente adquieren un calor vital. Abrumada por la ingratitud de sus tareas, se siente cada vez menos apta para desarrollarlas. Recuerdo una estudiante de agregación que decía, en los tiempos en que en filosofía la oposición era común para hombres y mujeres: «Los hombres lo pueden conseguir en uno o dos años; nosotras necesitamos por lo menos cuatro.» Y otra a la que se le indicaba la lectura de una obra sobre Kant, autor del programa: «Es un libro demasiado difícil: es un libro para hombres». Parecía imaginarse que las mujeres aprobarían una oposición descafeinada; al considerarse limitada de entrada, parecía abandonar efectivamente a los hombres todas las oportunidades de éxito.

A causa de este derrotismo, la mujer se adapta fácilmente a un éxito mediocre; no se atreve a picar alto. Al abordar su profesión con una formación superficial, pronto pone límites a sus ambiciones. A menudo, el hecho de ganarse la vida le parece un mérito lo suficientemente grande; hubiera podido como otras tantas ponerse en manos de un hombre; para seguir deseando su independencia necesita un esfuerzo del que está orgullosa, pero que la agota. Le parece que ya ha hecho suficiente cuando opta por hacer algo. «Para una mujer no está tan mal», piensa. Una mujer que ejercía una profesión insólita decía: «Si fuera hombre me sentiría obligada a colocarme en primera fila; pero soy la única mujer de Francia en un puesto semejante: es suficiente para mí.» En esta modestia hay prudencia. La mujer tiene miedo de partirse la cara si trata de llegar más lejos. Hay que decir que tiene razón cuando se

siente molesta porque piensa que no se confía en ella. En general, la casta superior es hostil a los advenedizos de una casta inferior: los blancos no van a consultar a un médico negro, ni los varones a una mujer; pero los individuos de la casta inferior, imbuidos del sentimiento de inferioridad específica, a menudo llenos de rencor ante aquellos que han vencido a su destino, también prefieren ponerse en manos de los maestros; en particular, la mayor parte de las mujeres llenas de adoración por el hombre lo buscan ávidamente en el médico, el abogado, el jefe, etcétera. Ni a los hombres ni a las mujeres les gusta trabajar a las órdenes de una mujer. Sus superiores, aunque la estimen, siempre sentirán descendencia por ella; ser mujer es, si no una tara, al menos una singularidad. La mujer debe conquistar incesantemente una confianza que no se le concede de entrada: en principio es sospechosa, tiene que demostrar su valía. Si tiene valor, lo logrará, se afirma. Sin embargo, el valor no es una esencia dada: es la culminación de un desarrollo afortunado. Sentir que pesa sobre una persona un prejuicio desfavorable no suele ayudar a vencerlo. El complejo de inferioridad inicial provoca, casi inevitablemente, una reacción de defensa que consiste en un alarde exagerado de autoridad. La mayor parte de las doctoras, por ejemplo, tienen demasiada o demasiado poca. Si son naturales, no intimidan porque el conjunto de su vida las predispone más a seducir que a mandar; el enfermo que prefiere ser dominado se sentirá decepcionado por los consejos dados con sencillez; consciente del hecho, la doctora adopta una voz grave, un tono cortante; pero entonces no logra la afabilidad que seduce en el médico seguro de sí. El hombre tiene la costumbre de imponerse; sus clientes creen en su competencia; puede dejarse llevar: está segura de impresionar. La mujer no inspira la misma sensación de seguridad; es más afectada, exagera, se pasa de rosca. En los negocios, en la administración, se muestra escrupulosa, puntillosa y fácilmente agresiva. Como en sus estudios, le falta desenvoltura, vuelo, audacia. Para lograrlo se tensa. Su acción es una serie de desafíos y afirmaciones abstractas de ella misma. Es el defecto más grande que provoca la falta de seguridad: el sujeto no puede olvidarse de sí mismo. No persigue generosamente un objetivo, trata de mostrar el valor que le piden. Al lanzarse osadamente en pos de un fin, hay un riesgo de dificultades, pero se suelen alcanzar resultados inesperados; la prudencia condena a la mediocridad. No es frecuente encontrar en la mujer un afán de aventura, de experiencias gratuitas,

curiosidad desinteresada, tratará de «hacer carrera» como otros se construyen una felicidad; está dominada, embargada por el universo masculino, no tiene la audacia de saltarle las costuras, no se pierde con pasión en sus proyectos; sigue considerando su vida como una empresa inmanente: no persigue un objetivo; a través del objetivo busca su éxito subjetivo. Se trata de una actitud muy evidente, por ejemplo, entre las norteamericanas; les gusta tener un «job» y probar que son capaces de realizarlo correctamente, pero no se apasionan por el *contenido* de sus tareas. La mujer también tiene tendencia a dar demasiada importancia a los pequeños fracasos, a los éxitos modestos; se desanima o se llena de vanidad; un éxito esperado se acoge con sencillez, pero se convierte en un triunfo embriagador para quien ha de obtenerlo; es la excusa de las mujeres que se dejan ganar por el pánico o que alardean con ostentación de sus menores éxitos. Miran sin cesar a sus espaldas para medir el camino recorrido, lo que les corta el impulso. De esta forma, podrán realizar carreras apreciables, pero no grandes acciones. Hay que añadir que muchos hombres sólo saben construirse destinos mediocres. Si la mujer —salvo raras excepciones— nos sigue pareciendo a la zaga es solamente con respecto a los mejores entre ellos. Las razones que he dado lo explican suficientemente y no hipotecan nada el futuro. Para hacer grandes cosas, lo que falta esencialmente a la mujer de nuestros días es el olvido de sí. Pero para olvidarse primero hay que tener una seguridad sólida de haberse encontrado. Recién llegada al mundo de los hombres, escasamente apoyada por ellos, la mujer está demasiado ocupada buscándose.

Hay una categoría de mujeres a las que no se aplican estas observaciones porque su carrera, en lugar de ir contra la afirmación de su feminidad, la refuerza; son las que tratan de superar con la expresión artística las circunstancias que las definen: actrices, bailarinas, cantantes. Durante tres siglos han sido prácticamente las únicas que tenían en el seno de la sociedad una independencia concreta y siguen ocupando un lugar privilegiado. Antes las actrices eran anatematizadas por la Iglesia, aunque el exceso mismo de severidad siempre les dio gran libertad de costumbres; a menudo rozan los límites de la vida galante y, como las cortesanas, pasan gran parte de su tiempo en compañía de hombres. Sin embargo, al ganarse la vida, al encontrar en su trabajo un sentido a su existencia, se escapan a su yugo. La gran ventaja de que disfrutan es que sus éxitos profesionales contribuyen —como en el caso de

los varones— a su valoración sexual; al realizarse como seres humanos se realizan como mujeres: no se ven desgarradas entre aspiraciones contradictorias; todo lo contrario, encuentran en su profesión una justificación de su narcisismo: aspecto personal, cuidados de belleza, encanto forman parte de sus deberes profesionales; es una gran satisfacción para una mujer enamorada de su imagen *hacer* algo simplemente exhibiendo lo que *es*; y esta exhibición requiere al mismo tiempo suficiente artificio y estudio como para aparecer, en palabras de Georgette Leblanc, como un sucedáneo de la acción. Una gran actriz picará más alto todavía: superará sus circunstancias por la manera en que se expresa, será realmente una artista, una creadora que da un sentido a su vida dándose al mundo al mismo tiempo.

Estos raros privilegios ocultan también trampas: en lugar de integrar en su vida artística sus satisfacciones narcisistas y la libertad sexual que se le concede, la actriz a menudo se sumerge en el culto al yo o en la vida galante; ya he hablado de estas «seudoartistas» que sólo buscan en el cine o en el teatro la forma de «hacerse un nombre» que represente un capital para explotar entre brazos masculinos; la comodidad del apoyo viril es muy tentadora comparada con los riesgos de una carrera y con la severidad que implica un verdadero trabajo. El deseo de un destino femenino —un marido, un hogar, unos hijos— y la embriaguez del amor no siempre se concilian fácilmente con la voluntad de llegar a un objetivo. Sobre todo, la admiración que experimenta por su yo limita considerablemente el talento de la actriz; se hace ilusiones sobre el precio de su simple presencia hasta el punto de que un trabajo serio le parece inútil; ante todo trata de poner de relieve su figura, sacrifica a esta bufonada el personaje que interpreta; tampoco ella tiene la generosidad de olvidarse, lo que suprime toda posibilidad de superarse: son escasas las Rachel, las Duse que superan este escollo y convierten su persona en instrumento de su arte en lugar de ver en el arte un servidor de su ego. En su vida privada, no obstante, la mala actriz exagerará todos los defectos narcisistas: se mostrará vanidosa, susceptible, falsa, considerará el mundo entero como un escenario.

Actualmente, las artes de expresión no son las únicas al alcance de las mujeres; muchas se ocupan de otras actividades creadoras. La situación de la mujer la predispone para buscar su salvación en la literatura y en el arte. Al vivir al margen del mundo masculino, no lo capta en su imagen universal, sino a través de

una visión singular; para ella no es un conjunto de utensilios y conceptos, sino una fuente de sensaciones y emociones; se interesa por las cualidades de las cosas en lo que tienen de gratuito y de secreto; al adoptar una actitud de negación, de rechazo, no se deja devorar por la realidad: se rebela contra ella con palabras; busca a través de la naturaleza la imagen de su alma, se abandona a fantasías, quiere alcanzar su *ser*: está condenada al fracaso, pues sólo lo podrá recuperar en la región de lo imaginario. Para no dejar que se hunda en la nada una vida interior que no *sirve* para nada, para afirmarse contra las circunstancias que vive con rebeldía, para crear un mundo diferente de aquel en el que no consigue alcanzarse, necesita *expresarse*. Es bien sabido que la mujer es charlatana y le gusta escribir; se expande en conversaciones, cartas, diarios íntimos. Basta que tenga un poco de ambición y se pondrá a redactar sus memorias, transcribiendo su biografía en forma de novela, exhalando sus sentimientos a modo de poemas. El ocio de que disfruta favorece a menudo estas actividades.

Sin embargo, las circunstancias mismas que orientan a la mujer hacia la creación constituyen también obstáculos que muchas veces será incapaz de superar. Cuando se decide a pintar o a escribir simplemente para llenar el vacío de sus días, cuadros y ensayos se considerarán «labores femeninas», no les consagrará ni más tiempo ni más cuidado y ése será más o menos su valor. Es frecuente que al llegar a la menopausia la mujer, para compensar las carencias de su existencia, se lance sobre el pincel o la pluma: es muy tarde; a falta de una formación seria nunca pasará de ser una aficionada. Aunque empiece lo bastante joven, es raro que considere el arte como un trabajo serio; acostumbrada a la ociosidad, sin haber vivido nunca la necesidad austera de una disciplina, no será capaz de un esfuerzo constante y perseverante, no se obligará a adquirir una técnica sólida; le espantan los titubeos ingratos y solitarios del trabajo que no se muestra, que hay que destruir y recomenzar cien veces; y como desde su infancia, cuando la enseñaban a gustar, le enseñaron también a hacer trampas, espera arreglárselas con algunos trucos. Es lo que confiesa Marie Bashkirtseff: «No me tomo el trabajo de pintar. Hoy me estoy observando... *hago trampas...*» Es frecuente que la mujer juegue a trabajar, pero no trabaja; convencida de las virtudes mágicas de la pasividad, suele confundir aspavientos con actos, gestos simbólicos con conductas eficaces; se disfraza de alumna de bellas artes y se arma con su arsenal de pinceles; plantada ante el caballe-

te, su mirada va de la tela blanca a su espejo, pero el ramo de flores, el frutero con manzanas no va a trasladarse solo al lienzo. Sentada ante su escritorio, rumiando vagas historias, la mujer se hace con una justificación apacible imaginándose que es escritora; pero tendrá que trazar algunos signos sobre la hoja blanca, y tienen que tener algún sentido a los ojos ajenos. Entonces se descubre la trampa. Para gustar, basta con crear espejismos, pero una obra de arte no es un espejismo, es un objeto sólido; para construirlo hay que conocer la profesión. Si Colette se ha convertido en una gran escritora, no es sólo gracias a sus dones o a su temperamento; su pluma le sirvió a menudo para ganarse la vida y ella le exigió el trabajo cuidadoso que un buen artesano exige de su herramienta; de *Claudine a El nacer del día [La naissance du jour]*, la aficionada se ha convertido en una profesional: el camino recorrido demuestra bien a las claras las ventajas de un aprendizaje severo. Sin embargo, la mayor parte de las mujeres no comprenden los problemas que les plantea su deseo de comunicarse y es lo que explica en gran medida su pereza. Siempre se han considerado como algo dado; creen que sus méritos vienen de una gracia que las habita y no se imaginan que el valor se pueda conquistar; para seducir sólo saben manifestarse: su encanto actúa o no, ellas no tienen ningún control sobre su éxito o su fracaso; suponen que, de forma similar, para expresarse basta que se muestren como son; en lugar de elaborar su obra con un trabajo reflexivo, confían en su espontaneidad; escribir o sonreír es para ellas la misma cosa: lo intentan y el éxito vendrá o no vendrá. Seguras de sí, esperan que el libro o el cuadro también salga bien sin esfuerzo; tímidas, la menor crítica las desanima; ignoran que el error puede abrir el camino del progreso, lo consideran una catástrofe irreparable, como una malformación. Por esta razón a menudo desarrollan una susceptibilidad nefasta para ellas: sólo reconocen sus faltas llenas de irritación y desánimo en lugar de deducir de ellas lecciones fecundas. Desgraciadamente, la espontaneidad no es una conducta tan sencilla como parece: la paradoja del tópico —como explica Paulhan en *Les fleurs de Tarbes*— es que se suele confundir con la traducción inmediata de la impresión subjetiva; de modo que en el momento en que la mujer, cuando emite sin tener en cuenta al otro la imagen que se forma en ella, se cree más singular, pero sólo está reinventando un cliché trivial; si se lo dicen, se asombra, se llena de despecho y tira la pluma, no se da cuenta de que el público lee con sus propios ojos,

su pensamiento propio y un epíteto muy fresco puede despertar en su memoria recuerdos ya manidos; es un don precioso saber pescar en el interior de uno mismo para sacar a la superficie del lenguaje impresiones muy vivas; admiramos en Colette una espontaneidad que no aparece en ningún escritor masculino. Sin embargo —aunque sean dos palabras que no parecen combinar muy bien juntas—, se trata de una espontaneidad reflexiva: rechaza algunas de sus aportaciones y acepta otras conscientemente; el aficionado, en lugar de captar las palabras como una relación entre individuos, una llamada al otro, ve en ellas una revelación directa de su sensibilidad; le parece que elegir, tachar, es repudiar una parte de sí; no quiere sacrificar nada, primero porque se complace en lo que *es* y segundo porque no espera convertirse en otro. Su vanidad estéril viene de que se ama sin quererse construir.

Así es como, de la legión de mujeres que tratan de dedicarse a las letras y a las artes, muy pocas perseveran; incluso las que franquean el primer obstáculo suelen estar siempre divididas entre su narcisismo y un complejo de inferioridad. No saber olvidarse es un defecto que pesará sobre ellas mucho más que en cualquier otra carrera; si su objetivo esencial es una afirmación abstracta de sí, la satisfacción formal del éxito, no se abandonarán a la contemplación del mundo: serán incapaces de crearlo de nuevo. Marie Bashkirtseff decidió pintar porque quería ser famosa; la obsesión de la gloria se interpone entre ella y la realidad; en realidad no le gusta pintar: el arte sólo es un medio; sus sueños ambiciosos y vacíos no le desvelarán el sentido de un color o de un rostro. En lugar de entregarse generosamente a la obra que emprende, la mujer suele considerarla como un simple ornato en su vida; el libro y el cuadro sólo son un intermediario inesencial que le permiten exhibir públicamente esta realidad esencial: su propia persona. Por eso su persona es el principal —a veces el único— tema que le interesa: Vigée-Lebrun no se cansa de trasladar al lienzo su maternidad sonriente. Aunque hable de temas generales, la escritora seguirá hablando de ella: hay veces que no se pueden leer crónicas teatrales sin estar informado de la altura y la corpulencia de su autora, del color de su cabello y de las particularidades de su carácter. Desde luego, el yo no siempre es digno de odio. Pocos libros son más apasionantes que algunas confesiones, pero tienen que ser sinceras y el autor tiene que tener algo que confesar. El narcisismo de la mujer, en lugar de enriquecerla la

empobrece; a fuerza de no hacer nada más que contemplarse, se aniquila; el amor mismo que se tiene se convierte en estereotipo: no descubre en sus escritos su auténtica experiencia, sino un ídolo imaginario construido con clichés. No se le puede reprochar que se proyecte en sus novelas como lo hicieron Benjamin Constant, Stendhal, pero lo peor es que frecuentemente ve su historia como una fantasía simplona; la muchacha oculta con grandes dosis de magia la realidad cuya crudeza la asusta: es una lástima que cuando llega a ser adulta siga envolviendo el mundo, sus personajes y ella misma en nieblas poéticas. Cuando bajo este disfraz aparece la realidad, a menudo se logran éxitos encantadores; pero también junto a *Dusty Answer* o *La ninfa constante*, ¡cuántas novelas de evasión sosas y lánguidas!

Es natural que la mujer trate de escapar de este mundo en el que en general se siente ignorada e incomprendida; lo lamentable es que no se atreva a los vuelos audaces de un Gérard de Nerval, de un Poe. Muchas razones disculpán su timidez. Gustar es su preocupación más importante; muchas veces tiene miedo, por el mero hecho de escribir, de disgustar como mujer: el apelativo de «marisabidilla» aunque ya muy gastado, tiene resonancias desagradables; no tiene el valor de disgustar como escritora. El escritor original, hasta su muerte, siempre es escandaloso; la novedad inquieta e indispones; la mujer está aún asombrada y halagada por verse admitida en el mundo del pensamiento, del arte, que es un mundo masculino: por eso es prudente; no se atreve a molestar, explorar, explotar; le parece que debe hacerse perdonar sus pretensiones literarias con su modestia, su buen gusto; apuesta por los valores seguros del conformismo; en la literatura introduce apenas la nota personal que se espera de ella: recuerda que es mujer con algunas gracias, melindres y preciosismos muy bien elegidos; puede ser excelente redactando «best-sellers»; pero no hay que contar con ella para aventurarse por caminos inéditos. No es que las mujeres en sus conductas, sus sentimientos, carezcan de originalidad; las hay tan singulares que hay que encerrarlas; en su conjunto, muchas de ellas son más barrocas, más excéntricas que los hombres cuyas disciplinas rechazan. Sin embargo, su genio extraño se manifiesta en su vida, su conversación, su correspondencia; si tratan de escribir, se sienten aplastadas por el universo de la cultura porque es un universo masculino: apenas si llegan a balbucear. A la inversa, la mujer que opta por razonar, por expresarse de acuerdo con técnicas masculinas tendrá que

anular una singularidad de la que desconfia; como la estudiante, será más aplicada y pedante; imitará el rigor, el vigor viril. Podrá convertirse en una excelente teórica, adquirir un sólido talento; pero se habrá impuesto repudiar todo lo que en ella había de «diferente». Hay mujeres que están locas y hay mujeres con talento, pero ninguna de ellas tiene esta locura en el talento que se llama genio.

Ante todo, esta modestia razonable ha definido hasta ahora los límites del talento femenino. Muchas mujeres han evitado —y evitan cada vez más— las trampas del narcisismo y de la falsa fascinación; ninguna ha pisoteado toda prudencia para tratar de *emergir* más allá del mundo dado. En primer lugar, por supuesto, hay muchas que aceptan la sociedad tal y como es; son por excelencia las defensoras de la burguesía porque representan en esta clase amenazada el elemento más conservador; con adjetivos escogidos, evocan los refinamientos de una civilización llamada de «calidad»; exaltan el ideal burgués de la felicidad y disfrazan con los colores de la poesía los intereses de su clase; orquestan una fachada destinada a convencer a las mujeres de que «sigan siendo mujeres»; casas antiguas, parques y vergeles, abuelas pintorescas, niños traviesos, colada, mermelada, fiestas familiares, aseo, salones, bailes, esposas dolientes pero ejemplares, belleza de la abnegación y del sacrificio, penas y alegrías del amor conyugal, sueños de juventud, resignación madura, las novelistas de Inglaterra, de Francia, de Estados Unidos, de Canadá y de Escandinavia, han explotado estos temas hasta la saciedad; así han ganado gloria y dinero, pero no han enriquecido nuestra visión del mundo. Son mucho más interesantes las insurrectas que acusan a esta sociedad injusta; una literatura reivindicativa puede regenerar obras fuertes y sinceras; George Eliot ha buscado en su rebeldía una visión minuciosa y dramática de la Inglaterra victoriana; no obstante, como observa Virginia Woolf, Jane Austen, las hermanas Brontë, George Eliot, tuvieron que malgastar negativamente mucha energía para liberarse de las limitaciones exteriores y llegaron casi sin aliento a esta fase en la que los escritores masculinos de gran envergadura comienzan su andadura; ya no les queda fuerza suficiente para aprovechar su victoria y romper todas las amarras: por ejemplo, en ellas no encontramos la ironía, la desenvoltura de un Stendhal ni su sinceridad tranquila. Tampoco tienen la riqueza de experiencia de un Dostoievski, de un Tolstoi: por esta razón el hermoso libro que es *Middlemarch* no iguala a *Guerra y paz*;

*Cumbres berrascosas*, a pesar de su grandeza, no tiene el alcance de *Los hermanos Karamazov*. Actualmente, a las mujeres les cuesta menos trabajo afirmarse, pero no han superado totalmente la especificación milenaria que las atrinchera en su feminidad. La lucidez, por ejemplo, es una conquista de la que están orgullosas con razón, pero con la que se satisfacen con demasiada rapidez. El hecho es que la mujer tradicional es una conciencia engañada y un instrumento de engaño; trata de ocultar su dependencia, lo que es una forma de aceptarla, pues denunciar esta dependencia ya es una liberación; contra las humillaciones, contra la vergüenza, el cinismo es una defensa: es la forma de empezar a asumir las cosas. Al querer ser lúcidas, las escritoras prestan un gran servicio a la causa de la mujer, pero —generalmente sin darse cuenta— están demasiado consagradas al servicio de esta causa para adoptar ante el universo la actitud desinteresada que abre los horizontes más amplios. Cuando han apartado los velos de la ilusión y la mentira, creen haber hecho suficiente, pero esta audacia negativa nos sigue dejando ante un enigma; porque la verdad misma es ambigüedad, abismo, misterio: después de haber señalado su presencia, habría que pensarla, que recrearla. Está muy bien no dejarse engañar, pero es aquí donde todo empieza; la mujer agota su coraje disipando espejismos y se detiene aterrorizada en el umbral de la realidad. Por esta razón hay autobiografías femeninas que son sinceras y conmovedoras, pero ninguna se puede comparar con *Las confesiones*, con *Recuerdos de egotismo*. Estamos demasiado preocupadas por ver claro para tratar de superar esta claridad hacia otras tinieblas.

«Las mujeres nunca van más allá del pretexto», me decía un escritor. Es bastante cierto. Todavía admiradas por haber recibido permiso para explorar este mundo, hacen su inventario sin tratar de descubrir su sentido. Por ejemplo, en general son excelentes es en la observación de lo que existe: son periodistas formidables; ningún periodista masculino ha superado los testimonios de André Viollis sobre Indochina y sobre la India. Saben describir atmósferas, personajes, indicar relaciones útiles entre ellos, hacerlos participar en los movimientos secretos de sus almas: Willa Cather, Edith Wharton, Dorothy Parker, Katherine Mansfield evo- caron de forma aguda y matizada individuos, climas y civilizaciones. No es frecuente que consigan crear protagonistas masculinos tan convincentes como Heathcliff: en el hombre sólo captan al va- rón; sin embargo, a menudo describen acertadamente su vida in-

terior, su experiencia, su universo; apegadas a la sustancia secreta de los objetos, fascinadas por la singularidad de sus propias sensaciones, entregan su experiencia llena de vida a través de adjetivos sabrosos, de imágenes carnales: su vocabulario suele ser más notable que su sintaxis porque se interesan por las cosas más que por sus relaciones; no buscan una elegancia abstracta, pero sus palabras hablan a los sentidos. Uno de los ámbitos que han explora- do con más amor es la Naturaleza; para la muchacha, para la mujer que no se ha rendido del todo, la naturaleza representa lo que la propia mujer representa para el hombre: ella misma y su negación, un reino y un lugar de exilio: lo es todo en la imagen del otro. Al hablar de las landas o de los huertos, la novelista nos revelará más intimamente su experiencia y sus sueños. Hay muchas que encierran los milagros de la savia y de las estaciones en macetas, jarrones, parterres; otras, sin aprisionar las plantas y los animales, tratan de apropiárselos por el amor atento que les dedican: por ejemplo, Colette o Katherine Mansfield; son pocas las que abordan la naturaleza en su libertad inhumana, las que tratan de descifrar sus significados extranjeros, las que se pierden con el fin de unirse a esta presencia ajena: estos caminos que inventó Rousseau, sólo Emily Brontë, Virginia Woolf, y a veces Mary Webb, se atreven a recorrerlos. Con más razón podemos contar con los dedos de una mano las mujeres que han atravesado el mundo existente en busca de su dimensión secreta: Emily Brontë interrogó a la muerte, V. Woolf a la vida y Katherine Mansfield, a veces —no muy a menudo— a la contingencia cotidiana y al sufrimiento. Ninguna mujer escribió *El proceso*, *Moby Dick*, *Uli- ses* o *Los siete pilares de la sabiduría*. No cuestionan la condición humana porque apenas empiezan a poder asumirla íntegramente. Es lo que explica que en sus obras falten en general resonancias metafísicas y también humor negro; no ponen el mundo entre pa- rántesis, no le hacen preguntas, no denuncian sus contradicciones, se lo toman en serio. El hecho es que la mayoría de los hombres conocen las mismas limitaciones; sólo cuando la comparamos con los escasos artistas que merecen el nombre de «grandes» la mujer aparece como mediocre. No es que la limite un destino: es fácil comprender por qué no le ha sido dado —porque no le será dado hasta que pase mucho tiempo, quizás— alcanzar las más altas cimas.

El arte, la literatura, la filosofía son tentativas de fundar de nuevo el mundo sobre una libertad humana: la del creador; prime-

ro hay que afirmarse inequívocamente como una libertad para alimentar pretensión semejante. Las restricciones que la educación y la costumbre imponen a la mujer limitan su poder sobre el universo. Cuando el combate para hacerse un lugar en el mundo es demasiado duro, no es posible abandonarlo; ahora bien, primero hay que emerger en una soledad soberana si queremos tratar de rehacernos: lo que falta ante todo a la mujer es el aprendizaje, entre la angustia y el orgullo, de su abandono y su trascendencia.

Lo que me da envidia, escribe Marie Bashkirtseff, es la libertad de pasearme sola, de ir y venir, de sentarme en los bancos del jardín de las Tullerías. Ésta es la libertad sin la que no es posible llegar a ser una verdadera artista. ¡Usted cree que sacamos provecho de lo que vemos cuando estamos acompañadas o cuando, para ir al Louvre, hay que esperar el coche, la dama de compañía, la familia!... Ésta es la libertad que falta y sin la que no podemos llegar seriamente a ser nada. Estas contrariedades estúpidas e incansables nos encadenan el pensamiento... Es suficiente para cortar las alas. Es una de las grandes razones por las cuales no hay artistas mujeres.

Efectivamente, para ser creador no basta con cultivarse, es decir, con integrar en la vida espectáculos, conocimientos; la cultura tiene que ser aprehendida a través del libre movimiento de una trascendencia; el espíritu, con todas sus riquezas, tiene que lanzarse hacia un cielo vacío que le corresponde poblar; pero si mil lazos tenues lo atan a la tierra, su impulso queda roto. Sin duda ahora la jovencita sale sola y puede pasearse por las Tullerías; pero ya he dicho lo hostil que le resulta la calle: por todas partes ojos, manos, acechan; si deambula distraída con el pensamiento al viento, si enciende un cigarrillo en la terraza de un café, si va sola al cine, pronto se producirá un incidente desagradable; tiene que inspirar respeto por su vestimenta, su aspecto: esta preocupación la clava al suelo y a ella misma. «Te corta las alas». A los dieciocho años, T. E. Lawrence hizo solo un largo paseo en bicicleta a través de Francia; una joven no podría realizar semejante hazaña; todavía menos podría, como hizo Lawrence un año más tarde, aventurarse a pie por una región semidesierta y peligrosa. Y sin embargo, estas experiencias tienen un alcance incalculable: es cuando el individuo, en la embriaguez de la libertad y el descubrimiento, aprende a mirar toda la tierra como su propio feudo. Ya la mujer está naturalmente privada de las lecciones de la violencia, ya he

dicho que su debilidad física la inclina a la pasividad; cuando un muchacho arregla un problema a puñetazos siente que puede apoyarse en sus propias fuerzas; la muchacha debería contar al menos, como compensación, con la iniciativa del deporte, de la aventura, con el orgullo del obstáculo vencido. Pero no. Puede sentirse solitaria *en el seno* del mundo: nunca se alzará *frente* a él, única y soberana. Todo la empuja a dejarse ocupar, dominar por existencias ajenas: y singularmente en el amor se niega en lugar de afirmarse. En este sentido la desgracia o la infelicidad son a menudo pruebas fecundas: su aislamiento permitió a Emily Brontë escribir un libro poderoso y liberado; frente a la naturaleza, la muerte, el destino, sólo esperaba ayuda de ella misma. Rosa Luxemburg era fea; nunca sintió la tentación de abandonarse al culto de su imagen, de hacerse objeto, presa y trampa: desde su juventud fue totalmente espíritu y libertad. Incluso en estos casos, es raro que la mujer asuma plenamente el angustioso diálogo con el mundo dado. Las limitaciones que la rodean y toda la tradición que pesa sobre ella impiden que se sienta responsable del universo: ésta es la profunda razón de su mediocridad.

Los hombres que llamamos grandes son aquéllos que —de una forma o de otra— han cargado sobre sus hombros el peso del mundo: lo habrán hecho mejor o peor, habrán conseguido recrearlo o se habrán hundido; pero ante todo han asumido esta enorme carga. Eso es lo que nunca hizo ninguna mujer, lo que ninguna mujer ha *podido* hacer. Para ver el universo como suyo, para considerarse culpable de sus faltas y glorificarse de sus progresos, tiene que pertenecer a la casta de los privilegiados; a aquellos que poseen el mando les corresponde justificarlo modificándolo, pensándolo, desvelándolo; sólo ellos pueden reconocerse en él y tratar de imprimirlle su marca. En el hombre, no en la mujer, ha podido encarnarse hasta ahora el Hombre. Ahora bien, los individuos que nos parecen ejemplares, los que reciben el nombre de genios, son los que han pretendido jugarse en su existencia singular la suerte de toda la humanidad. Ninguna mujer se ha creído autorizada a hacerlo. ¿Cómo Van Gogh habría podido nacer mujer? Una mujer no habría sido enviada en misión pastoral a Borinage, no habría sentido la miseria de los hombres como su propio crimen, no habría buscado una redención; nunca habría pintado *Los Girasoles* de Van Gogh. Por no decir que el tipo de vida del pintor —la soledad de Arles, la frecuentación de los cafés, de los burdeles, todo lo que alimentaba el arte de Van Gogh alimentan-

do su sensibilidad— le hubiera estado prohibido. Una mujer nunca hubiera podido ser Kafka: en sus dudas y sus inquietudes no hubiera reconocido la angustia del Hombre expulsado del paraíso. Sólo Santa Teresa vivió por su cuenta, en un abandono total, la condición humana: ya hemos visto por qué. Al situarse más allá de las jerarquías terrestres, no sentía, como tampoco San Juan de la Cruz, un techo reconfortante sobre su cabeza. Para ambos se trataba de la misma noche, de los mismos rayos de luz, de la misma nada en sí y la misma plenitud en Dios. Cuando por fin sea posible a todo ser humano colocar su orgullo más allá de la diferenciación sexual, en la difícil gloria de su libre existencia, sólo entonces la mujer podrá confundir su historia, sus problemas, sus dudas, sus esperanzas con las de la humanidad; sólo entonces podrá tratar en su vida y en sus obras de desvelar toda la realidad y no sólo su persona. Mientras que tenga que luchar para convertirse en ser humano, no podrá ser una creadora.

También en este caso, para explicar sus límites hay que invocar su situación y no una misteriosa esencia: el futuro está ampliamente abierto. Se ha pretendido con frecuencia que las mujeres no tenían «genio creador»; es la tesis que defienden entre otras Marthe Borely, antifeminista que fue famosa, pero se diría que ha tratado de convertir sus libros en la prueba patente de la falta de lógica y de la estupidez femenina, por lo que se cuestionan por ellos mismos. Por otra parte, la idea de un «instinto» creador preexistente debe relegarse, como la de «eterno femenino», al viejo armario de las entidades. Algunos misóginos, un poco más concretamente, afirman que la mujer es una neurótica por lo que no puede crear nada que sea válido: pero en general son las mismas personas que declaran que los genios son unos neuróticos. En todo caso, el ejemplo de Proust muestra claramente que el desequilibrio psicofisiológico no significa ni impotencia ni mediocridad. En cuanto al argumento que sacamos del examen de la historia, acabamos de ver lo que hay que pensar de él; no se puede considerar que el hecho histórico define una verdad eterna; simplemente traduce una situación que precisamente se manifiesta como histórica, ya que está cambiando. ¿Cómo habrían podido tener genio cuando toda posibilidad de realizar una obra genial —o incluso una obra sin más— se les negaba? La vieja Europa abrumó con su desprecio a los norteamericanos bárbaros que no tenían ni artistas ni escritores: «Dejadnos existir antes de pedirnos que justifiquemos nuestra existencia», respondió más o menos

Jefferson. Los negros dan las mismas respuestas a los racistas que les reprochan no haber producido ni un Whitman ni un Melville. El proletariado francés tampoco puede oponer ningún nombre a los de Racine o Mallarmé. La mujer libre está naciendo ahora; cuando se haya conquistado quizás justificará la profecía de Rimbaud: «¡Las poetas serán! Cuando se haya roto la infinita servidumbre de la mujer, cuando viva para ella y por ella, cuando el hombre —hasta ahora abominable— le haya dado paso, ¡será ella también poeta! ¡La mujer encontrará lo desconocido! ¿Sus mundos de ideas serán diferentes de los nuestros? Encontrará cosas extrañas, insondables, repugnantes, deliciosas, nosotros las tomaremos, nosotros las comprenderemos<sup>8</sup>.» No está claro que sus «mundos de ideas» sean diferentes de los de los hombres, ya que asimilándose a ellos se liberará; para saber en qué medida seguirá siendo singular, en qué medida estas singularidades tendrán importancia, habría que atreverse a hacer predicciones muy osadas. Lo que está claro es que hasta ahora las posibilidades de la mujer han estado ahogadas y perdidas para la humanidad y que ha llegado el momento, en su interés y en el de todos, de que por fin puedan disfrutar de sus oportunidades.

<sup>8</sup> Carta a Pierre Demeny, 15 de mayo de 1871.